

INSTITUTO DE DESARROLLO ECONÓMICO Y SOCIAL

2º Jornada de Investigadores en Formación

Reflexiones en torno al proceso de investigación.

14, 15 y 16 de noviembre del 2012

Nombre y Apellido: Celina Fernanda Ballón Patti

Afiliación institucional: U.B.A.

Títulos de grado / Posgrado: Socióloga. Doctoranda en Ciencias Sociales

Correo electrónico: celinaballon@yahoo.com.ar

Eje propuesto: Cultura: "Saberes y experiencias: entre letrados, mundo laboral y los medios"

Título de la ponencia: Intelectuales y sectores subalternos: negociaciones en torno a la escritura de *¿Quién mató a Rosendo?*

Resumen

Nuestro trabajo se propone indagar los procesos de negociación en torno a la escritura de *¿Quién mató a Rosendo?* La incorporación de Rodolfo Walsh a la CGT de los Argentinos tuvo una serie de consecuencias de largo alcance en la obra del autor, entre las cuales nos parece particularmente relevante el reconocimiento de los sectores populares como interlocutores. A la luz de las declaraciones de los sobrevivientes del tiroteo de La Real, la escritura de *¿Quién mató a Rosendo?* se revela como un producto de negociación con los militantes de la central sindical, que desde el principio impusieron sus condiciones para colaborar con la investigación. Nos proponemos, por lo tanto, relevar las huellas de dicha negociación en el texto.

La irrupción de la voz del otro en el texto: de Panorama a *¿Quién mató a Rosendo?*

La aparición de la voz popular no se limita en Walsh a los textos literarios: sus notas de antropología cultural son un alto ejemplo de este fenómeno. El interés por la palabra del otro, la apertura de un espacio donde éste pueda enunciar su propia palabra es anterior a su vinculación con la CGT de los Argentinos, lo cual nos lleva a considerar que su paso por la central sindical combativa como una experiencia que resignificó problemáticas que ya eran

centrales en el conjunto de su obra. Dos textos nos parecen particularmente relevantes para indagar el tema que nos ocupa: “La isla de los resucitados” y “Cartas”. En ambos textos asistimos al recate de las historias de vida de personas a quienes las instituciones del encierro han reducido al silencio: se trata de textos que discuten con el orden del discurso que instauran las historias clínicas y el prontuario, documentos oficiales que se arrogan la facultad de dar cuenta de la historia de los sujetos que se encuentran confinados en la institución.

“La isla de los resucitados” es una descripción detallada del modo en que el leproso articula el espacio de exclusión que la constituye con la técnica de poder del reticulado disciplinario. Es asimismo una indagación de las formas que asume, aún en la Modernidad, un estigma milenario. Lo primero que le interesa subrayar a Walsh es un fenómeno que eluden trabajos como el de Goffman: el carácter de clase que asume. Los testimonios de los enfermos tienen una extensión considerable. A lo largo de los mismos, cada uno de ellos rememora su historia y cuenta cómo es su vida en el hospital. En los testimonios se hacen presentes las causas sociales del mal: la pobreza, el hacinamiento, la inexistencia de servicios sanitarios y una legislación que trata a los enfermos a la manera de delincuentes. Los enfermos hablan de su nostalgia por la familia perdida, del sufrimiento ocasionado por el trato que dispensan los “normales” – que llega en uno de los casos al intento de asesinato - y el menosprecio del self causado por una enfermedad deshonrosa. El relato que cada uno de los hace de su vida se convierte en una zona de refugio de una identidad deteriorada, en tanto permite narrarse no sólo en relación a la enfermedad que se padece. La posibilidad de hablar de la vida que llevaban antes de la internación les permite operar una re-historización de la propia vida que quiebra – aunque más no sea momentáneamente – la reificación de una identidad construida en torno al estigma.

En *Cartas*, la voz de Moussompes da cuenta de los ilegalismos de los sectores dominantes que han jalonado el proceso judicial que terminó con su condena por cuatrero. El sistema jurídico se revela como un instrumento de despojo económico: la causa ha sido fraguada a fin de obligarlo a malvender su campo, y todo el procedimiento de indagación que culmina en su sentencia está atravesado por maniobras fraudulentas. Las cartas de Moussompes – que dejan además testimonio del sufrimiento que la situación ocasiona en su familia – refutan los principios de una legislación que, en palabras de

Foucault, “define el poder de castigar como una función general de la sociedad que se ejerce de la misma manera sobre todos sus miembros, y en la que cada uno de ellos está igualmente representado” (FOUCAULT: 2000: 233). *Cartas* retoma uno de los temas centrales de la literatura popular: la denuncia del sistema judicial como herramienta de persecución y despojo de los sectores subalternos. Pero a diferencia de ella, en este relato sólo hay antihéroes.

En *Cartas* – al igual que en *Corso* y en *Imaginaria* – asistimos a un rescate de la palabra de los sectores populares: en términos de Alabarces, el otro cultural habla en estos textos. La pregunta fundamental es para quién. Las declaraciones de Raimundo Ongaro al leer *Un kilo de oro* permiten perfilar una respuesta: “No entiendo nada”, parece que dijo Raimundo. “¿Escribe para los burgueses?” (WALSH: 1996:133). Walsh admite que Ongaro está en lo cierto. Aunque los sectores populares hablen con su propia voz en sus textos, el destinatario de ese discurso siguen siendo los lectores pertenecientes a la burguesía. El trabajo en la CGT de los Argentinos marcaría un punto de giro en la producción textual de Walsh: los sectores subalternos devienen, por primera vez, interlocutores con capacidad de impugnar los textos que dan cuenta de ellos. Así reflexionaba Walsh respecto de las críticas de las que era objeto su obra: “¿Pero qué es lo más específicamente burgués de lo que yo escribo, lo que más molesta a Raimundo? Creo que puede ser la condensación y el símbolo, la reserva, la anfibología, el guiño permanente al lector culto y entendido. (...) Otra cosa que puede – debería – molestarle: la traslación burguesa de un personaje popular, como el de ‘Corso’” (WALSH: 1996: 134)

En estas anotaciones, hechas el mismo año en que se publicó el último de sus textos testimoniales, Walsh identifica dos problemas a resolver: los relacionadas con el preciosismo formal – al que Walsh se referiría más tarde como a una “aventura del lenguaje”- y las dificultades que comporta dar cuenta de los sectores populares en términos que no sean los hegemónicos – vale decir, los de su enemigo. La literatura debe enfrentarse a dos desafíos muy diferentes: renunciar a la experimentación formal – cuyos resultados, para ser descifrados, exigen competencias culturales de las que carecen los nuevos destinatarios – y construir nuevas narrativas que den cuenta de los sectores populares sin traicionarlos. Lo cual, por supuesto, implica reconfigurar el habitus – profesional y de clase – con el que se mira al otro antes de dar cuenta de él. La tarea es compleja. Walsh dirá poco

más tarde: “Todo esto equivale a aprender de nuevo multitud de cosas” La búsqueda de una nueva escritura se revela como una tarea urgente, ya que deviene una condición de posibilidad de la investigación del asesinato de Blajaquis y Zalazar. Los militantes de la CGT de los Argentinos fueron sumamente claros a la hora de fijar sus condiciones para colaborar. El Indio Allende – compañero de Walsh en la central sindical – recuerda la situación en un testimonio brindado a Enrique Arrosagaray: “¿Vos leíste esa obra ‘Un kilo de oro’? Bueno, imaginate que sea durísimamente criticada por nosotros. Entonces cuando él quiere sacar su publicación sobre lo de La Real – toma aire y habla como si volviera a hablarle a Walsh- : *No te zarpés, no te vengás a hacer el pelotudo, que esta obra tiene que ser dirigida a nuestra gente, flaco, si no no te vamos a dar los datos...* - busca otras formas de decir lo mismo, como si siguiera hablándole a Walsh - *¡¡No, no, no flaco, a Borges la gente no lo entiende!!* Esto era la lucha de clases. Todos se lo decíamos.”(ARROSAGARAY: 2005: 67)

La labor de Walsh al frente del semanario también sería objeto de críticas por parte del movimiento obrero. La distribución del periódico experimentaría dificultades relacionadas con las discrepancias políticas al interior de la CGTA y con las características del mismo periódico. El proyecto periodístico de Walsh concibe al semanario como un medio político inspirado en las ideas leninistas acerca de la prensa: el mismo se concibe como un medio de confrainformación y organización, cuya densidad informativa planteaba al lector exigencias poco comunes para las publicaciones sindicales limitadas a problemas gremiales particulares o la difusión de sus servicios. Desde los primeros números Ricardo de Luca plantea un problema que se mantendría a lo largo del tiempo en que el semanario estuvo en circulación: el desinterés – o directamente el boicot – de varios dirigentes y regionales. En esa oportunidad, el representante de la agrupación de Trabajadores del Hielo respondió que “si el diario no se vende es porque los compañeros no lo quieren vender” y que “la Agrupación del Hielo lo va a vender cuando sea el diario de la clase obrera argentina, y no el diario de un grupo de intelectuales que no conoce un corno de lo que pasa en las bases del movimiento obrero” (MESTMAN: 1997: 219) La respuesta ante esta situación fue doble: por un lado, el periódico insistió en su llamamiento a que los obreros se convirtieran en corresponsales, y por el otro, se enfatizó la importancia de la instrucción en la lucha política: “Es poco lo que hemos suprimido o abreviado para esta versión

periodística. Aún así, sabemos que esta lectura de cifras y datos históricos resulta a veces fatigosa. Pero el semanario CGT no es ni será nunca una revista de placer o distracción sino un arma de lucha y enseñanza. Si los trabajadores no nos acostumbramos a entender los procesos económicos, nunca sabremos realmente porqué “racionalizan una empresa antes de entregarla al capital extranjero. Y si no entendemos esto, nunca podremos luchar con eficacia” (SEMANARIO CGT: N°24: 2)

De *Operación Masacre* a *¿Quién mató a Rosendo?*: las huellas textuales de la politización

Las semejanzas entre *¿Quién mató a Rosendo?* y *Operación Masacre* son muy notorias. Algunas de las víctimas – Juan Zalazar y Vicente Rodríguez – tuvieron vidas muy similares. El mismo Walsh marca las similitudes entre ambos libros: “Esta denuncia transcurrió en el mismo silencio en que transcurrió Operación Masacre. No es la única semejanza. Tanto en un caso como en el otro se asesinó cobardemente a trabajadores desarmados como Rodríguez, Carranza y Garibotto, como Blajaquis y Zalazar. En mayor o menor grado estos hombres representaban una vanguardia obrera y revolucionaria. Tanto en un caso como en otro los verdugos fueron hombres que gozaron o compartieron el poder oficial: esa es la afinidad que al fin podemos señalar entre el coronel fusilador Desiderio Fernández Suárez, y el ejecutor de La Real, Augusto Timoteo Vandor.”(WALSH: 2003: 169). Al igual que sucedió con *Operación Masacre*, Walsh escribió este libro para que actuara. Pero los resultados a lograr son marcadamente distintos. En el primer caso se trataba del castigo a los culpables. A doce años de distancia de aquel episodio, Walsh dirá respecto a su objetivo de contribuir con el castigo de los culpables “era una ingenuidad en la que no incuriré” puesto que los hombres que responden a los intereses del sistema nunca son castigados por la ley. La intención de Walsh era que “el Rosendo” contribuyera a la lucha que en ese momento libraba el sector combativo de la clase obrera. Sus adversarios en la lucha por establecer la verdad acerca de lo sucedido ya no son sólo los medios de prensa, sino también los intelectuales de la burocracia sindical (“Después no faltarán quienes compongan un libro para explicar todo lo que hizo la UOM para encontrar a Vallese: el aparato tiene sus escritores, sus ensayistas, sus sociólogos”) (WALSH: 2003:

148). La investigación enfrenta a Walsh con otros intelectuales vinculados al peronismo, quienes consideraban que la denuncia acerca de lo sucedido en La Real sería utilizada por el régimen para impartir represalias contra el movimiento obrero en su conjunto.

Walsh ya no combate contra el silencio de la prensa oficial – como sucedió con Operación Masacre – sino contra la tergiversación deliberada. Su acusación es frontal: la prensa masiva miente a sabiendas y motoriza la persecución de los sobrevivientes. La lucha contra los medios masivos también se refina: Walsh ya no se dirige a la prensa masiva en general; su adversario ahora tiene nombre: La Prensa, considerado el diario “gorila” por excelencia por el peronismo desde sus orígenes. Pero no fue este el único medio para el cual los hechos constituían un intento de asesinar a Vandor. Bernardo Neudstadt, desde las páginas de la revista Extra, construye un relato en el que García, el capitalista del juego, tenía “una vida clara” y moría defendiendo lealmente a su patrón de las balas disparadas a traición por un grupo de anónimos.

Era previsible que la politización cambiara el modo de dar cuenta de los hechos, por muy similares que éstos fueran. Al igual que en *Operación Masacre*, Walsh reconstruye las vidas de las víctimas y sobrevivientes. Pero ahora el acento no está puesto en la indefensión del pobre, sino en su lucha. Su muerte también tiene otro sentido: la “pobre gente” ya no muere “vomitando de miedo, como Nicolás Carranza, o maldiciendo su abandono, como Bernardino Rodríguez” (WALSH: 2001: 169); muere sabiendo que eligió un destino: “Pero ya no importaba tanto porque Juan Zalazar también se había salvado en los otros, en la fraternidad de los que luchan y al fin comprenden” (WALSH: 2003: 71) “Si hay un símbolo de la resistencia obrera en estos años, es Domingo Blajaquis y en ese sentido tenía razón al decir que a él no lo podían matar, ni siquiera los bandidos que ahora lo mataron” (WALSH: 2003: 66)

Otra diferencia importante está dada por el contexto histórico, que Walsh admite haber escamoteado en Operación Masacre debido a sus ambigüedades políticas. Efectivamente, en el primero de sus libros testimoniales los hechos se presentan como una aberración, en el doble sentido de término: un desvío de la trayectoria seguida de ordinario y un hecho condenable desde el punto de vista moral. (Walsh considera en ese entonces que la violencia política hacia los sectores pobres no es estructural, por eso puede creer que resulta posible el castigo de los culpables). En su investigación sobre el tiroteo en

Avellaneda, lo sucedido se presenta como el emergente de un proceso mucho más vasto: la burocratización del sindicalismo argentino. Así, Walsh dirá respecto a este libro: “Su tema superficial es la muerte del simpático matón y capitalista del juego que se llamó Rosendo García, su tema profundo es el drama del sindicalismo peronista a partir de 1955, sus destinatarios naturales son los trabajadores de mi país” (WALSH: 2003: 7). La preocupación porque los hechos no fueran interpretados como una simple anécdota policial se plasma en la tercera parte del libro, en la que Walsh pasa revista a la historia de la industria metalúrgica desde sus orígenes. En este análisis del vandorismo, no están ausentes la terminología propia del análisis económico ni las estadísticas. A lo largo del libro, Walsh narra las historias de vida de cada uno de los militantes, e insiste en que las mismas no pueden explicarse por fuera del contexto económico-político en el que tuvieron lugar. Así, luego de exponer las estadísticas que muestran la disminución constante de obreros ocupados en la industria metalúrgica a partir del acuerdo firmado por Vandor luego de la huelga del '59, Walsh dice que “la experiencia aislada de Raimundo Villaflor adquiere ahora todo su sentido” (WALSH: 2003: 144). En otra parte del libro, afirma que el asesinato de Blajaquis y Zalazar es parte de toda una red de maniobras del vandorismo, que comprenden tanto los pactos con la patronal – despidos acordados con la UOM y las cámaras empresarias, cierres de empresas facilitado por la compra de comisiones internas – los negocios turbios – la quiniela y la venta de chatarra- y el fraude electoral.

La preocupación por el destinatario es palpable en el estilo de la novela. Walsh renuncia a casi todas las referencias eruditas. Pero eso no es todo. A diferencia de lo que sucede en *Operación Masacre*, ahora las víctimas toman la palabra. Largos párrafos del libro son contados por los protagonistas en primera persona. Walsh cambia la tipografía de estos textos, para resaltar que las palabras pertenecen a su enunciatario y no al autor del texto. Las semblanzas de Blajaquis y Zalazar, por otra parte, concluyen con las palabras que les dedica Raimundo Villaflor, su compañero de lucha. El autor del libro, en suma, no es el único que detenta la autoridad discursiva. Y eso no es todo: en su relato acerca de los muertos, Walsh adopta un tono discursivo muy similar al de Raimundo Villaflor.

Poco antes de la muerte de Vandor, *Siete Días* publica un extenso reportaje a Walsh, en el que se da cuenta de su trayectoria profesional en términos muy elogiosos y se le

pregunta en qué medida el libro había afectado el poder de Vandor. Walsh responde estableciendo un paralelismo con Operación Masacre:

“Si en el caso de Operación la serie de asesinatos que relato y la conciencia que de ellos tomó el pueblo fue una valla de contención para Aramburu y su carrera política, creo que en el caso del vandorismo se va a producir algo parecido. El libro es una contribución más contra eses sistema nefasto de sindicalismo que creo debe ser aplastado. En este momento, el poder de Vandor – por mi libro y otras circunstancias – está muy debilitado. En cuanto a los efectos políticos, basta recordar la declaración de José Gazzera en nombre de las 62 organizaciones, - sin conocimiento de muchas de ellas- y que produjo una gran efervescencia.” (WALSH: 1996: 119-120). Walsh es asimismo interrogado acerca de una cuestión clave: la accesibilidad del libro para la clase obrera. Su respuesta reconoce que los libros suelen estar fuera del alcance del obrero promedio: más allá de las competencias que exija su lectura, el precio los vuelve inaccesibles. A pesar de ello, los efectos de la obra pueden extenderse, a través de la acción política, más allá del núcleo originario de lectores: “Basta con que llegue a las cabezas del movimiento obrero, a los dirigentes, a los que tienen más responsabilidad de conducción, a los militantes más esclarecidos. Ellos son los vehículos de las ideas contenidas en el libro” (WALSH: 1996: 120)

¿Quién mató a Rosendo? en acto: las repercusiones del libro

La reacción del sector vandorista tardaría en llegar. Antes de publicar la investigación en forma de libro, Walsh publica una serie de notas en el Semanario CGT, en las que insta a los involucrados del lado vandorista a declarar ante el juez o a hacer su descargo desde las páginas del periódico. La respuesta fue el silencio. La CGT Azopardo se negaba a asignarle entidad a la investigación, y prefería negarle el reconocimiento a la central opositora. Walsh tampoco fue citado a declarar y Vandor no le inició juicio. Recién después de la conferencia de prensa organizada en la CGT de los Argentinos para difundir el libro el sector vandorista respondió las acusaciones, motivado por el eco que la misma tuvo en la prensa masiva. José Gazzera, en nombre de las 62 Organizaciones, emitió un comunicado en el que acusaba a la CGT de los Argentinos de ser “el Comité Central de la Unión Democrática de los Argentinos” y haber organizado “el más repudiable certamen de

delación pública”. La denuncia constituía “un episodio digno de ciencia ficción” pergeñada por “ideólogos impotentes que intentan dirigirse en vanguardia”. Imbelloni, por su parte, negó haber hecho las declaraciones registradas en la cinta. Walsh sólo respondió el comunicado de Gazzera, señalando que su investigación no constituía una delación, sino una denuncia, y acusando al grupo vandorista de haber revelado la identidad de Francisco Granato, continuando así con su tradición de delatar trabajadores – ya sea frente a jueces, empresarios o policías torturadores.

Al mes siguiente de la conferencia de prensa y el pronunciamiento de las 62 Organizaciones, tiene lugar el asesinato de Vandor. Entre las hipótesis en torno al móvil del crimen figura la venganza por el asesinato de Bajaquis y Zalazar. Se intervienen los sindicatos más importantes de la CGTA – gráficos y farmacia -, Ongaro, Di Pasquale y todo el Concejo Directivo son encarcelados, junto con mil militantes de todo el país. La central opositora no lograría recuperarse de este golpe. Walsh debió ocultarse en diversas casas para evitar ser detenido, mientras continuaba su trabajo de edición – ahora clandestina – del semanario.

Conclusiones

¿Quién mató a Rosendo? retoma y resignifica problemáticas que ya estaban presentes en la escritura walshiana: el interés por la voz del otro es anterior a su paso por la CGT de los Argentinos. Su mirada acerca de los sectores populares antes de incorporarse a la central sindical estaba lejos de ser unívoca: en ella conviven un abordaje bajtiniano – plasmado en cuentos como Corso – enfoques muy cercanos a los planteos de Michel de Certeau – que pueden rastrearse en *Fotos e Imaginaria* – y desarrollos en línea con la teoría foucaultiana – presentes, sobre todo, en algunas notas de antropología cultural. La incorporación a la CGTA implicaría un punto de giro en los términos en los que se da cuenta de los sectores populares, que de ahora en adelante serán los de la lucha de clases. La narrativa walshiana se hallará de ahora en más tensionada hacia la construcción de un relato heroico en la que los militantes adquieren relieves míticos. Si bien en sus diarios Walsh señala la necesidad de evitar los personajes impolutos, se plantea como objetivo “trazar el avance de los héroes, desde la resignación hasta el triunfo que se sabe no definitivo” (WALSH: 1996: 150 - 151)

En términos estrictamente políticos, el libro representa una toma de posición en un debate político clave del período, caracterizado por la redefinición de identidades políticas que habían coexistido durante los años sesenta. Las críticas de las que fue objeto la obra resultan muy pertinentes para evaluar el posicionamiento de los medios de prensa respecto a la escisión del movimiento obrero.

Bibliografía

Arrosagaray, E. (2006); *Rodolfo Walsh, de dramaturgo a guerrillero*, Buenos Aires, Catálogos.

Bajtín, M. (2003): *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*. Madrid, Alianza

Dawyd, D. (2012). Del Semanario al libro. La escritura del Rosendo de Rodolfo Walsh como construcción del vandomismo en la Argentina del peronismo fracturado. Trabajo y Sociedad, 18, 87-102

De Certeau, M. (2000): *La invención de lo cotidiano. I Artes del hacer*. México D.F.; Universidad Iberoamericana. Departamento de Historia. Instituto Tecnológico y de Estudios superiores de Occidente

Foucault, Michel (2000): *Vigilar y castigar*. Buenos Aires, Fondo de cultura económica

Mestman, M. (1997): “Consideraciones acerca de la confluencia de núcleos intelectuales y sectores del movimiento obrero, 1968 – 1969” en *Cultura y política en los años '60*, Enrique Oteiza (coord.), Bs. As., Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Oficina de Publicaciones del CBC.

Walsh, R. (2005) *Los oficios terrestres*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor.

Walsh, R (2003) *¿Quién mató a Rosendo?*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor

Walsh, R (2001) *Operación Masacre*. Bs. As., Clarín. La Biblioteca Argentina. Serie Clásicos

Walsh, R. (1997): *Un kilo de oro*. Buenos Aires, Ediciones de la Flor

Walsh, R. (1996) *Ese hombre y otros papeles personales*. (D. Link Ed.) , Bs. As., Seix Barral.

Walsh, R. (1995) *El violento oficio de escribir. Obra periodística completa 1953 – 1977* (D. Link Ed.) Bs. As., Planeta